

Autor: Jordi Pujol

Frankfurt, 13 de octubre de 2004

**Conferencia con motivo del 75º aniversario de la Cámara
de Comercio Española en Alemania**

La economía siempre ha desempeñado un papel determinante en la relación entre los pueblos, y en general en la política y en el destino de las naciones. No fue preciso esperar a que llegara Marx para saberlo. Aunque esto no quiere decir que sea el único factor determinante.

Centraré mis palabras, que por lo que me dicen no deben ser muy largas, en algunos ejemplos en que la economía ha ayudado al entendimiento entre naciones y al progreso político de muchos pueblos.

Para empezar es evidente que sin un cierto nivel económico la democracia difícilmente se puede consolidar. Al menos tal como la entendemos en Europa. Aunque no es imposible, es mucho más difícil.

A principios de los años sesenta, cuando la dictadura del general Franco empezaba a evolucionar, el Sr. López Rodó, que por aquel entonces era el hombre fuerte de Gobierno, inventó la frase: «la democracia no es posible por debajo de los 1.000 dólares per cápita». En parte era un argumento contra

quienes reclamaban el final rápido de la dictadura y la implantación de la democracia. Yo mismo me encontraba en esta situación, ya que a principios de los sesenta fui encarcelado y después desterrado. Pero también era cierto que con más renta y más bienestar la democracia sería más fácil. A condición –añado– de que de este incremento de la renta hubiera participado toda la población y que la sociedad civil se hubiera fortalecido. De hecho, esto es lo que pasó en España: el nivel de vida subió y la sociedad maduró mucho.

A esto hay que añadir la progresiva apertura de España hacia el exterior. Apertura económica –desde el turismo a las inversiones extranjeras, y también la emigración, un fenómeno social pero con consecuencias económicas–. O sea que éste ya sería un ejemplo de la influencia de la economía en las relaciones bilaterales, en este caso entre la UE y España. Pero el buen resultado del proceso de restauración de la democracia no se podría explicar ni entender sin tener además en cuenta la acción política y social, e intelectual, que durante años habían llevado a cabo los sectores contrarios a la Dictadura.

Sin salir de España, existe otro hecho que ilustra la relación entre política y economía, entre democracia y economía y entre relación y apertura hacia otros países, y economía. Un hecho que demuestra que durante los últimos 45 años la política económica española ha sido buena. Son los años, primero, todavía de dictadura pero de apertura al exterior e, internamente, de fortalecimiento de la sociedad civil. Y son años de fuerte crecimiento económico. Es un período marcado por el Plan de Estabilización de 1959, y el Acuerdo Preferencial con la

CEC de 1970. Después ya viene la transición democrática que resulta mucho mejor de lo que se esperaba, en parte, debido a los cambios sociales y de mentalidad que la política económica había propiciado, y debido también a la fuerza y la madurez de la sociedad civil. Permítanme decir, inmodestamente, que la clase política, y también el Rey, actuaron con acierto. Hitos económicos clave de la transición fueron los Pactos de la Moncloa (1977), que fue un pacto de todos los partidos y sindicatos sobre política económica y social, el ingreso de España en la UE en 1986, y recientemente en la UEM.

Y vean lo que ha pasado gracias a esta política de estabilidad y de continuidad que ha permitido una buena política económica. Ha pasado algo de trascendencia histórica. Y no exagero. Digo histórica porque durante dos minutos les hablaré de historia, que a menudo es la mejor manera de entender las cosas.

En el año 1850 el PIB por habitante español representaba el 67'6% del francés, y en 1959 era el 42'9%. Estos mismos datos referidos a los Estados Unidos eran del 59'7% y del 27'2%. Y referidos a Italia eran del 70'9% y del 54%. Referidos a Japón en 1870 (no existen datos para Japón de 1850) eran del 163'8% (es decir, España era mucho más rica que Japón) y del 85'8% en 1959. La relación con Gran Bretaña no cambió (46'3% y 46'2), y se comprende porque en 1850 Gran Bretaña en todo y con mucho era el primer país del Mundo, y en 1959 todavía no había superado completamente el bajón provocado por la guerra y por la pérdida del Imperio.

Veamos ahora qué sucede de 1959 a 2003. Sucede que, respecto a Francia, España pasa del 42'9% al 84%. Respecto a Alemania del 42'5 al 88'2. Respecto a Italia del 54 al 89. Respecto a los Estados Unidos del 27'2 al 61'8. La excepción es Japón que pasa del 85'8% al 83'5, pero ya sabemos que el crecimiento japonés durante la segunda mitad del siglo XX ha sido formidable.

Ello pone de manifiesto que España es un país fuertemente emergente. No sólo económicamente sino en términos generales. Pero económicamente lo es mucho.

Y ello es fruto de una buena política económica –mantenida durante 45 años por los gobiernos más diversos– que ha tenido como una de sus normas la apertura exterior. España había sido tradicionalmente un país proteccionista. Ahora no lo es más que la gran mayoría de países de la UE.

Con este ejemplo de cómo con una política bastante bien definida y persistente, a pesar de unas estructuras institucionales no suficientemente bien consolidadas y con una mentalidad en curso de evolución política, se puede producir un gran progreso, no les digo nada que no sepan. Pero el caso de la España de 1959 en adelante, y sobre todo de 1975 en adelante, es un ejemplo brillante de cómo la conjunción positiva de estos factores puede dar unos espléndidos resultados.

Como decía, el resultado ha sido brillante y todo parece indicar que lo seguirá siendo. Que en política económica se mantendrá la continuidad positiva que se inició en los principios de la democracia.

Podemos analizar otro caso de relación entre política y economía –y añadido cultura–: el proceso de unificación europea. Esto ha sido un gran éxito, a pesar de las dificultades con las que a menudo se topa. ¿Debido a qué?

Es evidente que ha tenido su papel la voluntad de hacer imposibles nuevas guerras europeas, y sobre todo de establecer una buena alianza entre Alemania y Francia. Es evidente también que la amenaza soviética ayudó a los países a entenderse –y la ayuda americana también contribuyó–. Pero ayudó mucho a ello el método seguido, en el que la economía y el buen uso de la economía desempeñaron un papel determinante.

Se dice que en un momento de desánimo debido al constante y extenuante regateo de los países miembros sobre temas económicos Jean Monnet dijo: «Hubiera sido mejor empezar el proceso de unificación europea por la cultura antes que por la economía». No es seguro que la frase sea cierta, y tampoco es nada seguro que fuera acertada. En la cultura el sentido identitario de cada uno desempeña un papel muy importante, a menudo más que en la economía. En la TMO se alcanzaron antes acuerdos sobre productos industriales que sobre productos culturales. Y hace poco el presidente Chirac ha vuelto a defender en términos agresivos la excepción cultural francesa, más que

algunos productos agrícolas. Y en Cataluña mismo ahora vivimos una situación de un cierto desconcierto respecto a la Unión Europea no por motivos económicos sino porque queremos que la Constitución Europea reconozca la lengua y la cultura de Cataluña.

La cuestión es que toda una serie de acuerdos económicos han ido tejiendo una creciente implicación entre los Estados europeos. Robert Schumann decía, el 10 de mayo de 1950, cuando propuso la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero que era necesario «proponer nuevas relaciones industriales entre los pueblos de Europa». Y añadía que «esto crearía una solidaridad en los hechos que después produciría una eficaz solidaridad». Y así ha sido: de la CECA se ha pasado con el tiempo al mercado Común y después a la Unión Económica y Monetaria, al euro y al Banco Central Europeo. Y a Schengen y a la Carta Europea de Justicia. Y a tantas cosas más.

Naturalmente que sin voluntad política todo esto no habría sido posible. Sin Adenauer, de Gasperi, Schumann y Spaak, sin Giscard d'Estaing y H. Schmidt, sin Mitterrand y H. Kohl, sin Hallstein y Delors, sin Lubbers, Werner y F. González, etc... no habría habido Unión Europea. Pero la herramienta empleada fue y es sobre todo la economía. Política y economía han funcionado a la par.

He dado tanta importancia a la economía que puedo volver a decir que ella sola no podría conducir a la Unión Europea. Es también necesaria la política. Y a veces tampoco así es suficiente. Prácticamente siempre los procesos de

unificación también han recurrido en mayor o menor medida a la fuerza. Muy a menudo a la violencia. Justamente el gran mérito de la EU es que se ha construido sin violencia. Es un caso prácticamente único en la Historia. Haber llegado tan lejos sólo por la vía pacífica. Ni Francia ni Italia ni España ni Suecia ni los Estados Unidos de América ni la propia Suiza pueden decirlo. Y ustedes en Alemania tienen un ejemplo muy claro. La Unión Aduanera que impulsó Friedrich List ayudó mucho a la unidad alemana, y también el movimiento de 1848 –que tuvo en Frankfurt precisamente su momento más prometedor, en la Pauluskirche–. Pero al final se recurrió a la fuerza –guerras contra Dinamarca y contra Áustria, y también contra Francia–. Aunque ustedes también pueden presentar un ejemplo de unificación –o más exactamente de reunificación– totalmente pacífico, el de la República Federal y de la República Democrática.

Por cierto que la reunificación alemana también aporta elementos de reflexión al tema de la relación entre economía y política.

En diciembre de 1989 –un mes después de la caída del muro de Berlín– visité algunas ciudades alemanas. Aunque yo siempre he sido amigo de Alemania y me alegraba la perspectiva de la reunificación, el motivo de mi visita tenía también un móvil egoísta. Yo era Presidente de Cataluña, es decir, de un país con muchas inversiones industriales alemanas, y me interesaba saber de qué forma la probable reunificación afectaría a las inversiones alemanas en el extranjero. Para entendernos, ¿seguiría VW invirtiendo en SEAT, es decir, en Cataluña, o desviaría las inversiones hacia la Alemania oriental? Y como éste

algunos casos más. Con este motivo hablé con mucha gente y vi que había alemanes contrarios a la reunificación precisamente por motivos económicos.

Decían que sería muy cara. Esto me sorprendió mucho. A mí y a todos los catalanes que me acompañaban. Y nos sorprendió más todavía que algunos de los políticos alemanes más importantes también eran contrarios a ello. No llegábamos a entender cómo podía desaprovecharse una oportunidad histórica como aquella.

Y realmente la reunificación ha resultado muy cara. ¿Pero acaso no debería haberse hecho por ello?

En aquella época hablé de la reunificación con algunos otros políticos alemanes: Biedenkopf, Späth, Lamers y dos personajes especialmente bien situados en aquel momento para juzgar la situación. Teltschig, que era consejero del canciller Kohl, y el entonces presidente del Bundesbank, Pöhl.

Como pueden suponer Teltschig –repito, consejero del Canciller– era totalmente partidario de la reunificación, y la veía con optimismo. Pero es especialmente interesante lo que me dijo Pöhl, y sé que lo ha explicado en algunas ocasiones. Me dijo: «ya he comentado al Canciller que el cambio de un DM del Oeste contra un DM del Este desde el punto de vista económico es un gran error. Se lo he dicho más de una vez y más de dos. Pero él insiste. Y yo entiendo que esta decisión, la de la reunificación, no es una decisión

económica, ni tan sólo política. Es una decisión histórica. Ante esto la responsabilidad del Presidente del Bundesbank es advertir una vez y dos y tres al Canciller. Pero después de ello tengo que aceptar que la decisión y la responsabilidad son del Canciller».

He querido comentar unos cuantos casos en los que el cruce de política y economía permite sacar algunas lecciones. Tal vez ustedes esperaban de mí otro tipo de discurso. Por ejemplo, sobre economía española o sobre economía europea. Y en cambio he pronunciado un discurso un tanto atípico. Y es que sobre economía española sólo puedo decirles que durante un montón de años ha ido bien, y creo que seguirá yendo bien. Sobre economía europea, o sobre el impacto de China en la economía mundial o sobre si el precio del petróleo afectará mucho o poco a nuestra economía hay muchos expertos mejores que yo, y los diarios económicos hablan todos los días. Hace muy poco *The Economist* enumeraba los cuatro hechos que a su entender podrían frenar la economía mundial: un precio muy alto del petróleo, la caída del consumo en los Estados Unidos, el bajón del mercado inmobiliario y un frenazo de la expansión china. Pero me pareció que dentro de su circunspección y ponderación *The Economist* opinaba que las perspectivas globales eran buenas. Esperemos que así sea. Y gracias por su atención.